

INSULARIDAD Y BARBARIE EN *LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA*

"... que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo"¹.

Cualquier lector de los dos primeros libros del *Persiles* de Cervantes, no puede dejar de asombrarse ante el gran número de las islas septentrionales allí mencionadas y la variedad más o menos exótica de su evocación, siempre con relación a interminables y muy azarosas navegaciones, ataques de corsarios, naufragios. Las islas, pues, o bien habitadas por crueles bárbaros, o bien especies de paraísos, Arcadias nórdicas donde viven amables y acogedores pescadores, o bien deshabitadas y cubiertas de nieve, van dibujando, a lo largo de los capítulos «acéfalos»², una geografía a la vez mítica y realista, imaginaria y funcional, mientras recalcan la problemática peregrinación de Persiles y Sigismunda, favoreciendo u obstaculizando su arduo caminar hacia Roma y el cumplimiento de un voto.

Sin pretender llegar a establecer aquí el grado exacto de los conocimientos de Cervantes en cuanto a las islas septentrionales, o más bien dejándolo para otro estudio³, ya que sin duda se mezclarán a las descripciones «científicas», «objetivas» de la época varias ensoñaciones y utopías personales, trataré de ordenar la materia insular según criterios que me parecen pertinentes, y avanzaré unas sugerencias sobre la visión cervantina de la Barbarie que se desprende de la lectura del *Persiles*.

¹ CERVANTES, *Persiles*, II, 17, p. 253. Utilizamos la edición de JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE, Madrid, Editorial Castalia, 1969. Abreviamos con *Persiles* en vez de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

² AVALLE-ARCE, *ibidem*, «Introducción», p. 13.

³ Por ejemplo, Jean Babelon habla de «geografía fenomenal» en su *Cervantes*. Para Schevill y Bonilla, no eran muy considerables los conocimientos de Cervantes en geografía septentrional. Me propongo tratar de examinar otra vez el tema en otro estudio.

I. EL MUNDO SEPTENTRIONAL EN EL *PERSILES*: ASPECTOS GEOGRÁFICOS Y CULTURALES

1. *La variedad insular*

Verdad es que antes de describir islas más o menos reales, Cervantes empieza por una espantosa evocación de «una profunda mazmorra» con el «bárbaro Corsicurbo» ⁴. Pero no tarda mucho el novelista en situarnos las primeras páginas de su última obra dentro de un mundo insular: «Este artificio les servía, como luego pareció, de bajel en que pasaban a otra isla, que no dos millas o tres de allí se parecía» ⁵. Por supuesto, no resulta muy fácil enumerar la cantidad exacta de islas con las que nos encontramos en el *Persiles*, ya que podemos a veces leer formulaciones tan imprecisas como ésta:

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas ⁶.

Por lo visto, la imprecisión objetiva cuenta menos que la impresión sugestiva y subjetiva, la imagen exótica de una multiplicidad de islas, de una inmensidad oceánica que pone de manifiesto la dificultad de la aventura heroica de nuestra joven pareja.

En un artículo reciente Franco Meregalli escribe al respecto: «no sé cuántas islas, algunas nevadas, otras con una naturaleza tropical, habitadas por bárbaros crueles o por hospitalarios pescadores, o deshabitadas» ⁷. Precisamente, fueron tales palabras, entre otros motivos, las que nos invitaron a indagar con más precisión el número si no exacto por lo menos probable de islas mencionadas o descritas, siguiendo paso a paso la nórdica peregrinación de *Persiles* y *Sigismunda*.

Primero, Cervantes abre su relato sobre una isla poco amena que sirve de prisión a los cautivos. Pronto se evocará una segunda isla, pero aparecerá su nombre de Isla Bárbara mucho más lejos ⁸. La tercera isla no poco sorprenderá al lector, ya que se trata de una isla llena de lobos según cuenta Antonio, el «bárbaro español», pero no conoceremos su nombre:

me vine a hallar junto a una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos ⁹.

⁴ *Persiles*, *ibid.*, I, 1, p. 51.

⁵ *Ibidem*, p. 52.

⁶ *Ibidem*, I, 11, p. 105.

⁷ En su artículo «Relecutra del *Persiles*», en *Anales Cervantinos*, Madrid, XXV-XXVI, p. 328.

⁸ Véase II, 8, p. 200, y II, 20, p. 269.

⁹ *Ibidem*, I, 5, p. 77.

Mientras arde la Isla Bárbara, así se evocará la posible huida de «aquella tierra maldita»:

que por allí cerca había otras islas de gente menos bárbara habitadas ¹⁰.

O sea que ya empezamos a perder la cuenta exacta de las islas, si lo que importa es, lo repito, la creación de un ambiente geográfico impresionista e insólito para un español del Siglo de Oro, hecho de contrastes donde se mezclan episodios peligrosos y escenas apacibles.

Ricla habla de una isla vecina de la Isla Bárbara:

(...) de una isla que está cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzo la vista a verla ¹¹.

Cuando Persiles y Sigismunda abandonan la Isla Bárbara incendiada, con cinco compañeros de infortunio, después de comprar cuatro barcas a los moradores vecinos, se encaminan a «una isla, cuyas altas montañas, cubiertas de nieve, hacían parecer que estaban cerca, distando de allí más de seis leguas» ¹². Desdichadamente, tal isla no podrá servirles de refugio ya que Antonio, al entrarse un poco por la isla, «no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve».

Entonces se dan prisa en buscar otra isla para protegerse del frío:

(...) pusieron las proas en otra isla, que no lejos de allí se descubría ¹³.

Esta sexta isla se presenta de modo más favorable, puesto que les será posible albergarse y comer:

(...) llegaron a una isla también despoblada, aunque no de árboles, porque tenía muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazón y seco, se dejaba comer ¹⁴.

La séptima isla mencionada será la católica Golandia ¹⁵, pero antes me parece indispensable recordar el trozo siguiente:

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas o las más despobladas, y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de corazones duros e insolentes, y, con todo esto, deseaban topar alguna que les acogiese, porque imaginaban que no podían ser tan

¹⁰ *Ibidem*, I, 6, p. 81. Es el mozo bárbaro quien habla.

¹¹ *Ibidem*, I, 6, p. 83.

¹² *Ibidem*, I, 7, p. 86.

¹³ *Ibidem*, I, 9, p. 96.

¹⁴ *Ibidem*, I, 9, p. 97.

¹⁵ *Ibidem*, I, 11, p. 105.

cruels sus moradores, que no lo fuesen más las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atrás dejaban ¹⁶.

La geografía insular y septentrional resulta, pues, muchas veces poco favorable a la vida o supervivencia de nuestros peregrinos, y tal aspecto justifica la búsqueda y la prosecución del viaje. Golandia también estará despoblada «por ser tan poca la gente que tenía, que no ocupaba más de una casa» ¹⁷, pero tal casa servía de mesón cerca de un puerto, o sea que podrán nuestros héroes descansar, mudar de navíos y bogar a otros sitios.

Por otra parte, en su relato Mauricio mencionará siete islas que están «circunvecinas a la de Ibernía» ¹⁸, pero no entrarán en nuestro cálculo, ya que sólo nos fijamos en las islas encontradas por Persiles y Sigismunda en su arduo caminar.

Después, una octava isla no podrá acogerlos porque se presenta con «una espaciosa playa, no acompañada e gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubría» ¹⁹.

Otra vez perderemos la cuenta «objetiva» de las islas en el relato, ya que Cervantes prefiere solicitar nuestra imaginación, la de su lector, mientras se ahorra el riesgo de caer en la monotonía de la acumulación con tales términos:

Desta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes a otras; ya tocaban en una isla, ya en otra (...) ²⁰.

Un capitán corsario evocará una novena isla, junto a la de Ibernía, y «tan grande que toma nombre de reino» ²¹, o sea la isla del rey Policarpo.

La décima isla se menciona en el relato que hace Periandro a Sinforosa, hija del rey Policarpo, y se nos pinta como un lugar ameno, poblado de pescadores alegres y que celebran unas bodas. Otra isla, pequeña y de aspecto todavía más edénico, verá la irrupción de salteadores que se llevarán a Auristela (o Sigismunda), a Cloelia, a Selviana y a Leoncia ²².

Si no me equivoco, la duodécima es «una isla que llaman del Fuego» ²³, nombrada así por un anciano venerable, el soberano del reino de Danea ²⁴.

¹⁶ *Ibidem, ibid.*

¹⁷ *Ibidem*, I, 11, p. 106.

¹⁸ *Ibidem*, I, 12, p. 111.

¹⁹ *Ibidem*, I, 19, p. 141.

²⁰ *Ibidem*, I, 21, p. 149.

²¹ *Ibidem*, I, 22, p. 149.

²² *Ibidem*, II, 12, p. 221 sq.

²³ *Ibidem*, II, 13, p. 232.

²⁴ Véase AVALLE-ARCE, nota 235, pp. 231-232. Aunque Cervantes distingue Danea de Dinamarca, se trata del mismo país. Es un buen ejemplo de la imprecisión geográfica nórdica dentro de la novela, una muestra de geografía caprichosa, y

La decimatercera es «una isla no conocida por ninguno de nosotros»²⁵, que da lugar a una bella descripción de parte de Periandro (o Persiles). Se nos aparece como un paraíso, «cuya arena (...) la formaban granos de oro y de menudas perlas»²⁶. Bien se merecería todo un estudio particular tal isla fantástica y alegórica, pero sale de mi propósito actual.

La isla de las Ermitas puede considerarse como la decimocuarta, y es donde vive el caballero francés Renato con una señora francesa llamada Eusebia²⁷. Con tal isla se trata de un momento apacible, ya que el mar estaba tranquilo, y entonces bogan nuestros peregrinos hacia Inglaterra.

Por fin, Periandro evocará a fines del segundo libro la isla llamada Escinta, con cierta vacilación²⁸, lo que nos lleva a una suma de quince islas, entre las cuales una algo fantástica, llena de lobos y con un lobo hablante²⁹, y otra paradisíaca, con las bodas de los pescadores, que nos hace pensar en una Edad de Oro marítima, sin hablar de la isla soñada por Periandro. O dicho de otro modo, y en resumidas cuentas, de unas quince islas mencionadas o descritas con más o menos detalles, sólo cinco son nombradas (Isla Bárbara, Golandia, Isla del Fuego, Isla de las Ermitas, Isla Escinta). Entre tantas islas, nombradas o no, imaginarias o no, una está poblada de lobos —como acabamos de decirlo— lo que debía de impresionar mucho a las jóvenes lectoras españolas del *Persiles*, otra es alegórica y soñada por Periandro, y si las hay nevadas y desiertas, islas-obstáculos, peligros mortales para la joven pareja amorosa, también las hay edénicas (la pequeña isla de los pescadores). Por supuesto, hoy día dominará una impresión de irrealismo en el lector moderno, pero la gran variedad que intenté reseñar mantiene y acrecienta el interés, puesto que forma parte de la necesaria y dramática progresión de nuestros peregrinos hacia su meta: Roma. Además, tal enumeración y evocación de islas constituye una muestra interesantísima para el estudioso de las mentalidades y de lo imaginario de una época.

uno de los puntos que me gustaría profundizar, para tratar de saber si la confusión es propia de una ignorancia de Cervantes, o común en su época, y qué fuente utilizó para establecer tal distinción.

²⁵ *Ibidem*, II, 15, p. 241.

²⁶ *Ibidem*, *ibid*.

²⁷ *Ibidem*, II, 17, p. 253. Se tratará otra vez de la Isla de las Ermitas y de su «sabroso silencio» en el relato que hace de su vida infeliz el caballero Renato: véase II, 19, p. 263.

²⁸ Dice: «Antes desto llegamos a aquella isla, que a lo que creo se llama Escinta, donde supimos las fiestas de Policarpo (...)». (II, 20, p. 268). Pero ya se menciona en I, 22, p. 152.

²⁹ Resulta muy extraña e inquietante —hoy todavía— la escena narrada por el bárbaro español: «Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina había visto, y que uno dellos —como es la verdad— me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: — Español, hazte a lo largo (...), I, 5, p. 77.

2. *Los insulares: "Barbarie" y "Civilización"*

Antes de enfocar el tema de la Barbarie y de la Civilización en el *Persiles*, no me parece inútil recordar unas definiciones de dichos términos difíciles de manejar. «Bárbaro», que procede del griego βαρβαρ, primero se relaciona con una mala pronunciación, estropeada, atribuida a los extranjeros. De la torpeza en la dicción, «bárbaro» vendrá a significar «inculto», «grosero», «cruel»³⁰. En cuanto a la noción de «Civilización», se puede afirmar que se presta a varias e imprecisas definiciones. En la lengua corriente, va unido tal concepto con un juicio de valor sobre una sociedad, al suponer que hay pueblos no civilizados o «salvajes». Otro sentido de «Civilización» equivale a cierto aspecto de la vida social. Por fin, se aplica la palabra a un conjunto de pueblos o de sociedades. Es obvio que en cualquier sentido la «Civilización» tiene que definirse respecto a la «Cultura», aunque se confundan muchas veces ambos términos³¹. Resulta bastante delicada, pues, la tentativa de definir tal concepto de manera categórica, y lo mejor es escoger para identificar una sociedad unos caracteres determinantes: técnicas, religiones, modos intelectuales y culturales.

Ahora bien, desde la primera línea del *Persiles* nos encontramos con el tema del bárbaro: «Voces daba el bárbaro Corsicurbo (...)»³². O sea que lejos de ser un mero tema exótico, cuando se sabe la importancia de cualquier principio, en mi opinión será la Barbarie una clave para entender la novela en profundidad. Y ya con el nombre de «Corsicurbo» se puede decir que Cervantes quiso materializar lingüísticamente la Barbarie: «Corsicurbo» me parece componerse de «corso» y «curvo», es decir que a las sonoridades algo graves e inquietantes³³, se va a añadir evocando con «corso» un matiz de inestabilidad, de crueldad y de vagabundeo, y con

³⁰ Por ejemplo, véase COVARRUBIAS: «De aquí nació el llamar bárbaros a todos los extranjeros de la Grecia, a donde residía la monarquía y el imperio. Después que se pasó a los romanos, también ellos llamaron a los demás bárbaros, fuera de los griegos; finalmente a todos los que hablan con tosquedad y grossería llamamos bárbaros, ya los que son inorantes sin letras, a los de malas costumbres y mal morigerados, a los esquivos que no admiten la comunicación de los demás hombres de razón, que viven sin ella, llevados de sus apetitos, y finalmente los que son desapiadados y crueles». (*Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, s.v. «Bárbaro»).

³¹ En TYLOR (*Primitive Culture*), los dos términos son sinónimos, aunque distingue tres grados de evolución social: el estado salvaje, el estado bárbaro y el estado de civilización.

³² *Ob. cit.*, I, 1, p. 51.

³³ En efecto, aunque parezca subjetiva tal observación, no me suena a gratuidad el hecho de formar un nombre «bárbaro» a partir de una consonante velar oclusiva sorda. Domina la vocal velar «o», mientras que la ausencia de la vocal media abierta «a» me parece muy sugestiva, ya que siendo la más abierta de las vocales, quizás Cervantes haga hincapié de la suerte en un matiz de cierre y oscuridad.

«curvo» la desviación respecto a una norma. ¿Cuál? Propongo, evidentemente, la «Civilización» europea, renacentista, la española, la de la sociedad en que vive Cervantes. Por otra parte, si en seguida se fija Cervantes en la acción de Corsicurbo, y la evocación de la «profunda mazmorra», otros elementos dibujan una figura del bárbaro, además de los calificativos. Pero antes de interesarme en tal figura, y dada la importancia del criterio lingüístico en la historia de la palabra misma de «bárbaro»³⁴, advierto que «una mujer bárbara» sirve de intérprete entre los indígenas de la Isla Bárbara y el danés Arnaldo, y que se expresa en lengua polaca. También habría que saber por qué escogió Cervantes el polaco para permitir la comunicación entre bárbaros y europeos.

Volvamos a Corsicurbo y a los insulares de la Isla Bárbara. Se le presenta como a un corsario, ya que habla de «las mujeres de la pasada presa»³⁵. Podría parecer muy soberbio ya que pide a Cloelia que vea si «hay alguna que merezca nuestra compañía»³⁶. Comprenderemos más lejos lo que significan tales palabras³⁷, pero, al principio de la novela ya se retrata a los bárbaros de manera algo ambigua. En efecto, se sacó a un mancebo atado de la mazmorra, y se le trasladó a una balsa de maderos. Sin embargo, quizás más característico de la relación entre las islas y los bárbaros sea el comportamiento del bárbaro que encara al mancebo «dándole señales y muestras de que ya le quería pasar el pecho»³⁸. Cervantes insiste mucho en los detalles más sugestivos: «un grandísimo arco», «una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal»³⁹.

No se trata de la imagen mítica del «buen salvaje», sino de todo lo contrario: el bárbaro cruel que se prepara a matar al joven inocente «civilizado», puesto que ya sabemos que es cristiano⁴⁰.

En realidad, tal imagen de barbarie la va a corregir muy pronto Cervantes mostrándonos al «bárbaro flechero» capaz de piedad, simpatía por la futura víctima: «(...) no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así, arrojó de sí el arco, y llegándose a él, por señas, como mejor pudo, le dio a entender que no quería matarle»⁴¹. Por supuesto, la actitud individual del flechero no tan «bárbaro» como era de creer es matizada por dicha alusión: «sabiendo que no había de ser aquel el género

³⁴ El carácter esdrújulo de «bárbaro» también puede recalcar un sentido fuera de la norma.

³⁵ En *Persiles*, I, 1, p. 51.

³⁶ *Ibidem*, *ibid*.

³⁷ Véase I, 2, p. 57.

³⁸ *Ibidem*, I, 1, p. 53.

³⁹ *Ibidem*, *ibid*.

⁴⁰ Véase I, 1, p. 52: «Gracias os hago (...). Bien querría yo no morir desesperado a lo menos, porque soy cristiano (...).»

⁴¹ *Ibidem*, I, 1, p. 53.

de muerte con que le habían de quitar la vida» ⁴². Dicho de otro modo, si la barbarie consiste en condenar a muerte a tal mancebo, la reacción compasiva al desviar el arco, sin duda alguna, es digna de un «civilizado»...

Ahora bien, el «núcleo» de la Barbarie, los criterios determinantes de tal estado se encuentran, a mi parecer, en el siguiente pasaje:

la cual [la insula Bárbara] es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, o ya del demonio, o ya de un antiguo hechicero a quien ellos tienen por sapientísimo varón, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo; este rey que esperan no saben quién ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dio esta orden: que sacrificasen todos los hombres que a su insula llegasen, de cuyos corazones, digo, de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen a beber a los bárbaros más principales de la insula, con expresa orden que, el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestra de que le sabía mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. También les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen o comprar o robar, y que la más hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro cuya sucesión valerosa prometía la bebida de los polvos ⁴³.

Que se llame por antonomasia «Bárbara» la utópica y poco amena isla inicial ya resulta un criterio suficiente para esbozar lo que entiende Cervantes por «Barbarie». Y la calificación «gente indómita y cruel» deja entrever un tipo de sociedad basado en la mera violencia, la fuerza, excluyendo la razón. Otra característica muy importante es el papel del «antiguo hechicero» y de la creencia sanguinaria que debía de espantar a cualquier lector europeo del siglo XVII. En efecto, se asimila tal creencia y su origen a una intervención diabólica. De hecho, cuando no se puede explicar otro modelo religioso o social por una causa racional o filantrópica, un modelo conocido, se piensa en el Diablo. La sociedad que nos pinta Cervantes aquí es todo lo contrario de la España de Carlos V o de Felipe II: aquí impera la crueldad y la inestabilidad del reino, no existe la piedad ni la fraternidad ni la solidaridad, y en cuanto a las mujeres, sólo son productos comerciales, objetos de trueque. Se trata de comprarlas o de robarlas —como mercancías— no de quererlas ni cortejarlas a lo cortesano. La Isla Bárbara es una anti-España, una anti-Europa, un modelo repulsivo para cualquier lector contemporáneo de Cervantes. Sin poder detenerme ahora en cada rasgo de barbarie, diré que una consecuencia de tal estado político —por faltar precisamente una estructura institucional racional y una legislación, a lo que se añade la carencia de una religión basada en el amor del prójimo— será la caducidad, el

⁴² *Ibidem, ibid.*

⁴³ *Ibidem, I, 2, p. 57.*

estado de perpetua violencia e inestabilidad. En este caso, la intervención del bárbaro Bradamiro y su muerte va a provocar una batalla general y la destrucción por el fuego de la selva que pertenecía al «bárbaro gobernador» ⁴⁴.

Lo que quiere decirnos Cervantes es que la venganza y la ira —sentimientos poco cristianos— no pueden desembocar sobre otra situación que una decadencia general, un estado de tensión violenta perpetua, el infortunio público. Además la presteza en matar del «bárbaro gobernador» se pagará del mismo modo con el hijo de Corsicurbo que le apuñalará mortalmente. La sentencia del Evangelio según la cual el que se sirva del gladio perecerá por el gladio también se aplica a los bárbaros.

3. *Relación con la pareja heroico-peregrina.*

La relación entre los insulares —se trate de la Isla Bárbara o de otras islas septentrionales— y la pareja de peregrinos «hermanos» es obvia: o el antagonismo es muy fuerte, ya que Periandro (Persiles) o Auristela (Sigismunda) corren el peligro de perder la vida o el honor en varias ocasiones, o se establece una amistosa convivencia como en el caso de la Isla de los Pescadores. Vemos a los moradores de esta isla prácticamente adorar a Auristela:

Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadrón de pescadores, que así lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiración y reverencia; llegaron a besar las orillas del vestido de Auristela (...) ⁴⁵.

Sin embargo, los momentos de paz son muy cortos, y Auristela será robada con Cloelia, Selviana y Leoncia, las recién desposadas. No se puede precisar la identidad de los salteadores, sólo se les tilda de «hambrientos lobos» ⁴⁶. Pero me importa más el comportamiento de los insulares pescadores y el de Periandro. La sorpresa se apodera de los festivos insulares, mientras que Periandro pronto reacciona con cólera. Después de la emoción y del asombro, los pescadores piensan rescatar a las mujeres, buscan una solución pacífica. Los desposados Carino y Solercio lloran en público, mientras que Periandro se queda «muriendo en secreto» ⁴⁷: es la única diferencia. Finalmente, con otros jóvenes seguirán a Periandro y se volverán piratas «no codiciosos como son los demás, sino justicieros» ⁴⁸.

⁴⁴ *Ibidem*, I, 4, p. 68.

⁴⁵ *Ibidem*, II, 10, p. 210.

⁴⁶ *Ibidem*, II, 12, p. 222.

⁴⁷ *Ibidem*, II, 12, p. 223.

⁴⁸ *Ibidem*, II, 12, p. 225.

Otro caso notable de relación ambigua esta vez, hecha de simpatía y de hostilidad, será la estancia de los peregrinos en la isla de Policarpo, después de un tremendo naufragio. La acogida se hará con gusto y admiración a la vez por la hermosura de Auristela y el aspecto extraño del traje de los «bárbaros» que acompañan a nuestra pareja. El rey Policarpo, pues, los recibió con muchos honores:

Llegaron a la ciudad, y el liberal Policarpo honró a sus huéspedes real y magníficamente, y a todos los mandó alojar en su palacio (...) ⁴⁹.

La vida en el palacio del rey Policarpo parece muy refinada, y una de las dos princesas, Policarpa, canta al son del arpa. Sin embargo, a pesar del alto grado de civilización del reino de Policarpo, de la buena acogida, la evolución de las relaciones va a afearse y degradarse, ya que Sinforosa, una de las dos hijas del rey, se enamora de Periandro —lo que disgusta a Auristela— y, sobre todo, el mismo rey Policarpo, se muere de amor por Auristela. Por otra parte, la intervención de Cenotia precipitará el ritmo de la acción y provocará la huida de la pareja peregrina. Esa mujer que se dice encantadora y maga, pero no hechicera, se enamoró del joven Antonio, y quiso abrazarle. Por poco perdería la vida si la flecha del joven «bárbaro» en vez de alcanzarla no diera en la boca y la lengua del maldiciente Clodio... Cenotia se vengará del «cruel flechero» ⁵⁰, haciéndole enfermar por magia, pero, sobre todo, irá a ver al rey Policarpo incitándole a no permitir que se vayan Arnaldo y su compañía, y a no dejar sin castigo el acto insolente del «monstruo bárbaro» que sería el joven Antonio (culpable de desdén). Pero el designio del rey Policarpo va a fracasar, y mientras se toca el arma fingida, Policarpa avisa a Arnaldo y a Periandro de la traición. La salida del reino se opondrá por completo a la llegada, porque esta vez el rey Policarpo manda disparar la artillería contra el navío de los peregrinos. La conclusión del episodio será la deposición del rey y la ejecución de Cenotia. También permite dicha conclusión continuar el viaje hacia Inglaterra, y entre las dos islas, harán escala en la pacífica isla de las Ermitas.

II. PLURIFUNCIONALIDAD DE LA ISULARIDAD Y DE LA BARBARIE

1. *Valor estructural*

Dentro de la economía general de la novela, los dos primeros libros que desarrollan más particularmente los temas de la Insula-

⁴⁹ *Ibidem*, II, 2, p. 166.

⁵⁰ *Ibidem*, II, 9, p. 205.

ridad y de la Barbarie son los contrapuntos de los dos últimos que presentan un mundo continental y «civilizado», ya que la historia y el viaje se acaban en Roma, «el cielo de la tierra», o sea el parangón de la Religión (la verdadera) y de la Civilización. La serie de aventuras, tempestades y peligros con los que se encara la pareja de los héroes, el recorrido de isla en isla que abre la novela, crean un ambiente dramático y tenso propio de un mundo «bárbaro» y septentrional, desconocido y misterioso. La antítesis me parece casi perfecta —por así decirlo— si se toma en cuenta el que empiece la novela con las voces del bárbaro Corsicurbo y se acabe con el Pontífice cuyos pies besa Sigismunda.

2. Aspectos teatrales

Varios episodios son muy teatrales de por sí, y por poco se convertiría en una obra de teatro la vida azarosa de Persiles y Sigismunda, ya que en el tercer libro aparece a las claras la «tentación» de la comedia ⁵¹.

Las primeras líneas de la novela son muy sugerentes, dramáticas, con el bárbaro Corsicurbo, la evocación de la «profunda mazmorra» y la «miserable Cloelia» allí encerrada. Además asistimos a la extracción de un mancebo «hermoso sobre todo encarecimiento» ⁵² con una gruesa cuerda, y se lo llevan los bárbaros en «una bolsa de maderos», mientras que uno de ellos lo amenaza con un arco y «una desmesurada flecha» ⁵³. Tal principio, tales precisiones resultan muy teatrales, impresionantes, en seguida Cervantes nos asombra, y no podemos dejar de preguntarnos quiénes serán aquellos bárbaros, dónde pasa la acción, quién es aquel joven tan hermoso, y por qué se comportan de manera tan agresiva con él. Ahora bien, una borrasca se desata en el estrecho que forman las dos islas, y si los bárbaros se anegaron en el mar, nuestro mancebo milagrosamente (con las manos atadas) se salvó, como si el mar se apiadara de él. Otra casualidad muy teatral: donde va a parar el «fatigado joven» estaba anclado un navío cuyo capitán es Arnaldo, heredero del rey de Dinamarca y enamorado de Auristela, la «hermana» del naufrago, como vendremos a saberlo después.

Sin tratar de reseñar todos los episodios teatrales de la novela, fijémonos en la escena espeluznante del barco con los cuarenta ahorcados. Es Periandro (o Persiles) quien va contando su peregrinación, en la corte del rey Policarpo, y así presenta el hallazgo al acercarse a un navío:

⁵¹ Véase III, 2, p. 285.

⁵² *Ibidem*, I, 1, p. 52.

⁵³ *Ibidem*, I, 1, p. 53.

Llegando más de cerca, vi en él uno de los más extraños espectáculos del mundo: vi que pendientes de las entenas y de las jarcias, venían más de cuarenta hombres ahorcados; admiróme el caso, y abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese. Hallaron las cubiertas llenas de sangre y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; éste gimiendo dolorosamente, y aquél gritando sin paciencia alguna ⁵⁴.

El lector —o la lectora— de dichas líneas, en la época de Cervantes no quedaría insensible ante tal derroche de sangre, tantos gemidos de agonizantes. Sin la menor duda el estilo de Cervantes trata aquí de impresionar e intrigar a su público sugiriendo un cuadro que uno se imaginaría muy bien en un escenario.

Y como si no fuera bastante, formando contraste con tal visión de horror, se nos evoca a un escuadrón de «doce hermosísimas mujeres», con su «capitana» en cuya descripción marcial se detiene Cervantes. Si el cuentista Periandro aviva el interés de sus oyentes, el novelista Cervantes por medio de pasajes semejantes crea un efecto de suspensión muy teatral en su lector.

Otro ejemplo muy revelador es lo que llamamos la «tentación» del teatro, de la comedia, a partir de los «trabajos» de Periandro en el tercer libro. Lo evocaremos muy rápidamente puesto que no entra exactamente en el marco de nuestro artículo. Un poeta de Badajoz, al ver descolgado el lienzo que representa la vida de Periandro, y al considerar la figura de Auristela, de repente se imagina componiendo una comedia. Cervantes ironiza en cuanto al nombre genérico que habría que dar a tal obra, y sobre todo considerando el modo de «encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves» ⁵⁵.

3. *Función simbólica*

En la Introducción de su edición del *Persiles*, se refiere Avalor-Arce a la cadena del ser, «the vast chain of being» como dijo Alexander Pope. En efecto, se puede reconocer este símbolo metafísico en la última novela de Cervantes si se considera que empieza con el tipo humano del bárbaro para llegar a la persona santa del Sumo Pontífice, pasando por tipos como los de Clodio y Rosamunda, y otros superiores, y la pareja heroica y ejemplar de *Persiles* y Sigismunda.

También señala Avalor-Arce una ontología del perfeccionamiento y una geografía simbólica que va desde la mítica Isla Bárbara hasta Roma, contando con otras islas más precisas, y varios países continentales como Portugal, España, Francia e Italia. En este

⁵⁴ *Ibidem*, II, 14, p. 236.

⁵⁵ *Ibidem*, III, 2, p. 285.

sentido el Papado se opone a la Barbarie de la isla inicial, lo mismo que la creencia sanguinaria y supersticiosa que autoriza el sacrificio de hombres y el robo o la compra de doncellas para fundar un orden nuevo y un poder algo totalitario son la antítesis de la Religión católica fundada en la Revelación y el amor universal.

Personalmente, me interesa tratar del simbolismo de la Luz y de la Noche en el *Persiles*, porque en mi opinión desempeñan un papel fundamental desde el principio abrupto de la novela. Además, de la luz se pueden deducir muchos valores y significados, según la cultura, la sensibilidad y el grado de comprensión de cada lector (desde el contemporáneo de Cervantes hasta nosotros).

Desde las primeras líneas, pues, se hace hincapié en la oscuridad, un mundo nocturno y cerrado vinculado con la muerte:

Voces daba el bárbaro Corsicurbo a la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prisión de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados. Y aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y lejos se escuchaba (...) ⁵⁶.

Cervantes insiste en la profundidad y la semejanza con una sepultura desde su primera evocación espacial y temática. Claro está, se puede ver en este principio sólo una escena lúgubre e inquietante con motivo de despertar en seguida la curiosidad y el interés del lector potencial. Sin embargo, y pensando en otros ejemplos cervantinos de descenso en una cueva —como la famosa cueva de Montesinos en el *Quijote*— no me parece reducirse a una mera estrategia novelística tal episodio.

Hasta la etimología pienso que apoyará mi tesis, si se reconoce en «mazmorra» —palabra árabe, «matmûra»— el sentido de «enterrar», «tapar con tierra». La tierra es también en el simbolismo la cuna del hombre, cuna mágica y bienhechora como dice Gilbert Durand ⁵⁷. El deseo de conservar al muerto sugiere la seguridad de un ser encerrado, la vuelta al misterio primordial. Pero en el *Persiles* la mazmorra con sus cuerpos «sepultados» —o sea sus prisioneros— no es sinónima de descanso, de rito propicio al misterio y a otra vida, sino todo lo contrario, con su «espantoso estruendo», y cierto sentimiento de horror más bien sugerido. Precisamente, es que la cueva es un símbolo ambiguo, y Gilbert Durand lo subraya muy bien, recordando que el miedo es un sentimiento primitivo ⁵⁸.

⁵⁶ *Ibidem*, I, 1, p. 51.

⁵⁷ Escribe G. DURAND: «La terre devient berceau magique et bienfaisant par ce qu'elle est le lieu du dernier repos», en *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, II. «Les symboles de l'intimité», p. 270. Citamos la 10.ª ed. de Dunod, 1985, (1.ª ed. 1969).

⁵⁸ «En toute "grotte d'émerveillement" subsiste un peu de la "caverne d'effroi". Il faut la volonté romantique d'inversion pour arriver à considérer la grotte

Por añadidura, el bárbaro Corsicurbo se refiere él mismo a la luz de esta manera:

(...) y mira bien si, entre las mujeres de la pasada presa, hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre y del aire saludable que nos rodea ⁵⁹.

El mismo bárbaro establece la diferencia entre la noche de la mazmorra —sólo buena para conservar «presas» aunque sean humanas— y la luz del día que pueden contemplar sus iguales. En eso es «bárbaro», puesto que un «civilizado» no puede comprender lo que justifica tal comportamiento segregativo y cruel para con las víctimas, calificadas de «presas». La luz se relaciona de modo evidente con la verticalidad, la ascensión, ya que una vez fuera del calabozo, va a decir el hermoso joven:

Gracias os hago, ¡oh inmensos y piadosos cielos!, de que me habéis traído a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran ⁶⁰.

A pesar de las palabras algo desesperadas del joven prisionero que prefiere morir viendo la luz del cielo que sepultado en las tinieblas, me permito afirmar que ya es evidente su salvación por pasar de la Noche (mazmorra, muerte, tormento) a la Luz (aire libre, vida, piedad). Porque la «gruesa cuerda de cáñamo» que lo tira del fondo de su prisión y el hecho de volver a ver la luz del cielo significan de manera simbólica, en mi modo de ver, una suerte de renacimiento. No se sabe lo que sufrió ni pensó Periandro sumido en las tinieblas, pero serán imágenes de muerte, de dolor. La mazmorra es más bien símbolo infernal que símbolo de vuelta al caos primordial. Tendrá que sufrir nuestro héroe el furor del mar, como una prueba suplementaria en su largo camino, pero desaparecerán los bárbaros que iban a sacrificarle o permitir su sacrificio. Periandro conocerá varias aventuras, verá muchas islas, hasta la Luz final, la de Roma, luz oriental después de la larga Noche septentrional, hasta el casamiento evocado muy rápidamente:

Y habiendo besado [Sigismunda] los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles (...) ⁶¹.

comme un refuge, comme le symbole du paradis initial», dice G. DURAND en la obra ya citada, p. 275. Lo curioso es que en la misma novela, si la mazmorra del principio sirve de «cueva espantosa», se relaciona con la muerte, el caos, la noche, tres capítulos más lejos se nos describe un «anchísimo espacio o cueva» de donde salen dos mujeres con teas encendidas en las manos, cueva que cobra entonces un significado totalmente diferente, símbolo de paz y de vida.

⁵⁹ *Persiles*, ob. cit., I, 1, p. 51.

⁶⁰ *Ibidem*, I, 1, p. 52.

⁶¹ *Ibidem*, IV, 14, p. 475.

No obstante, la suerte de «Luz» que esperaba a Persiles y a Sigismunda no me parece particularmente religiosa ni mística, a pesar de la «tentación» final de Sigismunda de trocar los amores humanos por los amores divinos. Además, si en Roma se acaba por saber que la noble pareja no eran hermanos, y conocer su verdadera identidad, si todo se resuelve al final de la novela, no siente el lector un auténtico ambiente religioso, y tal lugar más parece un pretexto, un alarde de ortodoxia que una verdadera necesidad temática. Por otra parte, se justificará la elección de Roma como antítesis de la isla Bárbara del principio, la tierra firme de la Fe, como lo contrario de la Isla de la Superstición, la Luz oriental y divina frente a la Noche septentrional y bárbara, frente al Fuego destructor que castiga el pecado y la creencia diabólica.

En conclusión, a través de una peregrinación que aproximadamente concierne a unas quince islas, poblaciones con extrañas y crueles costumbres —la Isla Bárbara— o bien especies de edenes —la Isla de los Pescadores— Cervantes nos da una imagen de la Barbarie bastante ambigua. Si el «bárbaro Corsicurbo» del principio se opone al Sumo Pontífice del final —a quien muy poco evoca Cervantes— en varias ocasiones se puede comprobar que un «bárbaro» o una «bárbara» llega a parecerse sin dificultad a un europeo como ocurre con la bárbara Ricla, esposa cristianizada del «bárbaro» español Antonio ⁶². Por lo contrario, el rufián Pirro el Calabrés se muestra muy bárbaro —es decir, cruel— cuando al tener celos de Periandro le hiere por la espalda de manera alevosa. Este «incorregible y asesino» individuo —sin embargo italiano «civilizado»— acabará ahorcado, lo que prueba que la muerte violenta y el crimen tampoco faltan en la muy católica Roma. De la Noche septentrional a la Luz romana, nuestra pareja peregrina originaria de la mítica isla de Tule y de Frislandia habrá recorrido de isla en isla, de mar en mar, y de país en país, un camino muy peligroso y existencial, semejante al combate del Mal y del Bien, al juego de la Muerte y de la Vida, pero por ser virtuosos y ejemplares, acabarán por conocer la felicidad y la armonía que bien se merecían.

CRISTIAN ANDRÉS
Universidad de París X-Nanterre

⁶² *Ibidem*, I, 6, p. 82 sq.